



Me llamo Reo.

Sí, ya lo sé. Ese no es mi nombre de verdad, el que figura en mi DNI, el nombre por el que me llaman en casa, el que acompaña a los apellidos en la lista alfabética de clase. Ya sé que es por ahí por donde debería empezar mi historia, pero, podéis creerme, perderíais todo el interés si os lo contase. Un chaval de barrio, pensaríais, uno de los muchos que viven en la periferia de una ciudad cualquiera, sin nada en especial, con las neuronas ocupadas en aprobar con el mínimo esfuerzo y en matar el tiempo con los colegas. Un don nadie, vamos. Y estaríais en lo cierto.

Pero Reo... La cosa cambia. Reo, Reo, Reo. No hay forma de esquivarlo: allá donde vayas, allí encontrarás escrito mi *tag*, mi firma. En mi territorio, por supuesto, en mi barrio, pero también en el vuestro. En los contenedores, al pie de las farolas, en las cabinas telefónicas: Reo. Al entrar en la ciudad por la avenida lo verás entre las líneas blancas y rojas de las vallas protectoras, en las señales de tráfico, allá arriba, en los carteles publicitarios: Reo. O si llegas en tren, no deja de repetirse a lo largo de los muros que dan a las vías, en las cocheras y en los vagones aparcados: Reo. Bajo las gradas del estadio, en los pilares de hormigón:

Reo. En los transformadores eléctricos: Reo. En los aseos públicos: Reo. En las fachadas de los edificios, en los que están en construcción y en los que quedaron abandonados, en los bajos en alquiler y en el granito brillante de los portales: Reo. Con su R estilizada y el asterisco de cinco puntas insertado en la O, a lo mejor con un signo de admiración o una flecha bajo las letras, la huella inconfundible de un autor de grafiti. Ahí tenéis una página de mi *black book*, mi cuaderno de pruebas:



Reo, Reo, Reo. No queda un solo sitio donde no haya llegado. El rey de la ciudad.

Claro que también puede ocurrir que no os hayáis dado cuenta de la existencia de Reo. La ciudad está llena de mil detalles en los que nunca os fijáis porque lo más seguro es que llevéis prisa, o estéis cabreados, o simplemente porque el grafiti, aunque se asome por todas partes, os resulta invisible. «No hay peor ciego que el que no quiere ver», dice siempre mi madre. O quizás os parezca un garabato, un borrón ilegible que

lo único que consigue es ensuciar aún más las calles, que nunca quedan limpias a gusto de todos. Enseguida pronunciaréis vuestra palabra favorita: *vandalismo*. Para vosotros, el grafiti no es más que el pasatiempo de unos desgraciados, una de las manifestaciones más visibles de una juventud sin valores, malcriada y sinvergüenza que, en vez de estudiar para llegar a ser gente de bien, lo mancha todo con sus rotuladores y aerosoles, y lo que habría que hacer con ella es darle un estropajo y que lo dejase todo limpio como una patena, así aprendería a respetar y... bla-bla-bla. Ya me conozco ese cuento. Y no hay nada que hacer. Sé por experiencia que quien se cree todo ese rollo jamás verá ni un gramo de valor artístico en una pieza de grafiti, por no hablar de un tag. Solo tengo diecisiete años y soy un chaval de barrio, pero ya he vivido lo suficiente como para darme cuenta de que la gente suele ignorar aquello que no entiende. O peor, lo desprecia y lo combate, cegada por la obsesión de aniquilarlo y borrarlo hasta no dejar marca. Tanto da. «No se hizo la miel para la boca del asno». Mi madre. Otra vez. Tampoco es que ella hable así sobre el grafiti, eh. Mi familia no tiene ni idea de todo esto. Para ellos Reo no existe. Me llaman por mi nombre, el de verdad, el que escogieron para mí cuando nací y el que ahora llevo en el DNI. De saberlo, no creo que les gustase. Sería un disgusto, una decepción. Porque no lo entenderían. Tanto da. Si hago esto no es para ellos. Ni para vosotros. Cada vez que veo algunos de mis tags pienso: «Yo hice eso; yo estuve ahí». De alguna forma, ese pequeño trozo que luce mi nombre me

pertenece. Y si los sumas todos, ahí tenéis el resultado: el rey de la ciudad. Así que primero lo hago por mí. Y después para mi banda, mi gente, los A-100 Crew —si habéis reparado alguna vez en el tag de Reo, también os debería sonar—, mis colegas, Sen, Thun, Raido, mis hermanos en el hip-hop. Para mis amigos, claro, pero también para mis enemigos. Si existe alguien que pueda entender lo que sientes cuando sales con un rotulador de ocho y medio o un espray es justamente un escritor tan terco como tú. Como Virus.

Virus. Virus fue el rey de la ciudad. Lo era cuando yo empecé, siendo un novato, un chichote, como decimos nosotros. A la fuerza tenías que admirarlo: siempre te encontrabas con su tag allá donde fueses. Me imagino que eso fue lo que lo llevó a escoger ese nombre: se extendía por todas partes igual que una epidemia; no quedaba nada libre de contagio. Pero muy pronto comencé a comerle terreno. Seguí una táctica muy sencilla, pero muy efectiva: donde veía una de sus firmas, allí dejaba yo la mía, pero no solo una vez, sino dos como mínimo, a veces tres o cuatro, incluso cinco, si podía. Como lo habría hecho un estratega militar, subdividí la ciudad por barrios y me empleé a fondo en cada uno de ellos por turnos: hasta que no lo hubiese bombardeado completamente, no pasaría al siguiente. Y cuando acabé, volví a empezar para rellenar los huecos o taguear de nuevo allí donde me hubiesen borrado las firmas. Así empezó la guerra entre Virus y Reo. Una guerra de las de verdad. Los demás escritores se retiraron

del campo de batalla porque sabían que no estaban en condiciones de intervenir en el combate. Durante semanas era lo único que veías. Virus y Reo.

Mi ofensiva debió de coger desprevenido a Virus, que los primeros días estaba claramente desconcertado. Pero yo sabía que no se iba a dar por vencido con tanta facilidad y esperaba su contraataque. Y vaya si se espabiló. Tomó nota de mi estratagema y sus tags comenzaron a multiplicarse. Podía ver lo cabreado que estaba no solo por la frecuencia de sus firmas, sino también porque empezó a hacerlo por encima de las mías, cuando yo siempre había respetado su nombre. No me lo tomé a mal: estaba defendiéndose. Es muy duro ser el rey de la ciudad y que en cuestión de días un simple desconocido amenace con destronarte. También se le veían más potas, como llamamos en nuestra jerga a las letras de dos colores, como tags ampliados gracias a los espráis de boquilla ancha, aunque sin alcanzar la categoría de piezas. Y, como si quisiese recuperar lo más rápido posible un prestigio que había sido puesto en duda, su nombre empezó a verse en sitios cada vez más peligrosos, que exigían un riesgo considerable por su parte. La cara exterior de la barandilla del primer puente que salva la avenida, descolgado sobre el tráfico que entra en la ciudad, o en el centro mismo del muro lateral de un edificio, como si tuviese alas que le permitiesen pintar a tres o cuatro metros de altura, en medio de la nada. Hasta yo me vi obligado a reconocer que había dado un golpe maestro, una mañana de camino a clase, cuando me encontré a toda aquella gente que

miraba hacia arriba y señalaba el depósito de agua que aún se levanta en el solar donde hace tiempo funcionaba un aserradero, antes de que lo derribasen cuando yo era tan niño que ni tengo recuerdos de él. Lo que todos miraban asombrados era una pota de Virus, con letras rojas tan grandes que casi daban toda la vuelta al tanque circular, y con un relleno de pintura plateada a la que la luz del sol arrancaba brillos. Entre los cuatro pilares de hormigón una escalera oxidada subía los doce metros de altura a los que se situaba el depósito, que además no tenía ni pasarela ni salientes desde donde pintar. Verdaderamente parecía un imposible. Además, con esto no solo dominaba el barrio, sino que la altura permitía que se viese desde otros muchos puntos de la ciudad. Entré en el instituto deprimido, dispuesto a admitir mi derrota.

Y entonces ocurrió algo imprevisto. Virus se pasó de frenada. Como si aquella hazaña no hubiese sido suficiente o le hubiese cogido gusto, continuó arriesgándose hasta extremos que yo mismo sabía que eran demasiado peligrosos. Cuando aparecieron sus tags en la fachada de la comisaría de policía, no tenía claro si se trataba de un suicidio como escritor o si había perdido el norte. Tardaron toda una semana en atraparlo, pero hasta que lo hicieron fue todo un festival. Ellos le daban bien de disolvente o lo tapaban con pintura blanca, pero, nada, a la mañana siguiente reaparecía el nombre de Virus. Día tras día, sin descanso. Y eso que cuentan con cámaras de vigilancia que lo graban todo. Las cámaras: los peores enemigos de los escritores

de grafiti. Era cuestión de tiempo que cayese. Y cayó. Pero tardaron toda una semana. A la poli se los debió de tocar bien tocados. No sé lo que le harían cuando lo pillaron, pero de eso hace ya unos meses y desde entonces no ha vuelto a taguear. Quedan, eso sí, un montón de viejas firmas por ahí, igual que los cascos de las balas desperdigados por el suelo después de un tiroteo. En el fondo, mi victoria fue de esas que llaman pírricas, y no podía evitar una sensación frustrante porque creía que la policía había actuado antes de que yo tuviese ocasión de pasar a la ofensiva. Nos habían ganado a los dos, ya que, en realidad, no era una guerra entre nosotros, sino del grafiti contra el sistema. Y Virus, con todo el respeto que sentía por él, me había dejado solo en la batalla.

Yo sí tengo claro que no me voy a dejar vencer. Sé lo que hago. Los riesgos que corro, cuáles son los límites, dónde está la raya. Planifico dónde voy a atacar, con qué, si con rotulador o espray, y antes me doy una vuelta por el sitio. Tomo nota del ángulo de visión de las cámaras, compruebo si hay mucha gente de noche por la zona, busco el camino más rápido para huir. Visto de la forma más anónima posible, aunque procuro llevar capucha, pues ayuda a que no te reconozcan. No me interesa que vean mi cara, lo que importa es que vean mi nombre. Y cuantas más veces, mejor. Por ello, y porque esto es una guerra, lo mío es el bombardeo. Tags, flopeos, potas, platas. No me interesan tanto las piezas. Los colores, los estilos intrincados, los kekos o personajes de cómic o de series animadas no son lo



mío. No me malinterpretéis. No lo critico ni los piso con mis firmas. Los respeto. Es grafiti y forma parte de mi bando. Yo mismo tengo hechas piezas y de vez en cuando aún me marco alguna. Pero en privado. Fuera, en la calle, no hay tiempo para eso. Y el grafiti legal, eso de pedirle permiso al propietario para decorarlo, como dicen, no me va. Después pasa la gente por delante y dice «qué bonito». ¡Por Dios, pero si no tienen ni idea! No lo entienden. Se quedan en la superficie, siguen sin saber de qué va esto. Y lo peor son los ofrecimientos del Ayuntamiento para dejarte un muro y que te «expreses». ¡Venga! Como si no nos diésemos cuenta de que recopilan la información para más tarde ir a por ti cuando menos te lo esperes.

Pero, si hay unas piezas que merezcan mi respeto, son las de los treneros, los escritores que hacen verdaderas maravillas sobre los vagones. Y eso es ilegal, claro. Además, el grafiti empezó hace décadas en el metro de Nueva York: ahí está el origen de toda esta movida que llega hasta hoy. Las vías son como un imán, algo visceral. Yo hice un tren hace dos años. Bueno, más bien ayudé a Thun a hacerlo. Thun fue quien me introdujo en esto. Tiene algunos años más que yo y ya llevaba tiempo pintando. Él era el rey de la ciudad, de hecho, antes de que lo fuese yo, antes de Virus. No era el que más se dejaba ver, pero tenía un estilo reconocible, fresco y clásico a la vez; se notaba que sabía bien de dónde venía. E, incluso, era el rey, pero no un tirano. Quiero decir, que no se chuleaba, sino que eran sus piezas las que hablaban por él. No se metía

en líos innecesarios ni chuleaba a nadie. Entendía el grafiti como una fraternidad, era lo que decía siempre. Ayudaba. Enseñaba. Lo hizo conmigo. Fue él quien me enseñó a taguear, los estilos, a fabricar mi propio rotulador extraancho con fieltro de borradores y tinta Instamark, a cambiarle las boquillas a los espráis para conseguir los trazos tochos de las potas; quien me enseñó que pasaba a formar parte de una tradición que se remonta a varios años en nuestra ciudad, cuando el primer grafiti, allá en los años ochenta, cosas de Tóxico, de Coma, de Teor, pioneros de los que ya casi no quedan huellas en los muros, pero sí en la memoria de los escritores. Y, sobre todo, me enseñó cómo no hay que dejarse coger. Con él comencé a protegerme las manos con guantes de usar y tirar para que el goteo no me delatase. O a ponerme un chaleco reflector cuando me meto entre los raíles para hacerme una línea. Él trajo dos la noche en que le ayudé con la pieza del tren. No sé de dónde los pudo haber sacado. Al principio pensé que los había comprado y que después les había escrito «MANTENIMIENTO» por la parte de atrás, pero parecían de verdad; quizás algún día entró en un almacén y se los llevó de allí, quién sabe. Thun era así, hacía las cosas más excepcionales con toda naturalidad, como si un imprevisto nunca pudiese pillarlo desprevenido. Además, llevábamos los espráis en unas cajas metálicas, de esas de guardar herramientas, y nadie nos molestó porque parecíamos tal cual dos obreros atareados en inspeccionar las vías. Pudimos pintar con toda comodidad y la pieza resultó genial. Si cierro los ojos,

todavía puedo verla: un *wild style* totalmente dinámico, con camuflaje en las letras hasta fusionarlas unas con otras, un relleno geométrico en azul eléctrico y violeta profeta más una trama interior de flechas entrelazadas en naranja Calcuta y verde neón, y un efecto 3D en gris antracita. Una preciosidad. Se habló de ella durante semanas. Fue la última pieza de Thun y su despedida como escritor. Dejó el instituto para ponerse a currar y así también acabó el grafiti para él. Al principio me decía que pensaba volver, pintar menos y centrarse en los vagones, pero él y yo sabíamos que esta ciudad no es lo suficientemente grande como para ser un trenero. No es como la capital, que tiene metro, cercanías, líneas largas, todo eso. Hasta un escritor experimentado como Thun acabaría por caer. Y no es lo mismo que te pillen con 16 que con los 18 cumplidos y trabajando. Las cosas se complican y hay que entenderlo. Cuando se retiró, yo estaba lanzado y le di caña hasta convertirme en el rey de la ciudad. De mi guerra con Virus ya estáis al tanto. Con su derrota me sentí como si fuese el último mohicano: el último indio de la tribu, ese era yo.

Hasta que llegó Oni.

Me dolió como una bofetada, como una descarga eléctrica que te recorre el cuerpo y te deja temblando. No era cosa de un chichote, un tag que aparece por aquí y por allá, sin estilo, un principiante al que machacas en un par de salidas para que quede claro quién manda. No. Esto fue distinto. Apareció de la noche a la mañana. Por todas partes, pero principalmente en el barrio. Iba a por mí, estaba claro. Y tenía toda la pinta

de tratarse de un veterano. Por técnica, por estrategia, por convertirme a mí en su objetivo. No estaba retando al sistema ni a los otros escritores de la ciudad: era una declaración de guerra en toda regla. De camino a clase se me puso un nudo en el estómago a medida que veía repetido su nombre –Oni, Oni, Oni–, hasta acabar en un muro en frente del instituto con media docena de firmas engarzadas, igual que esos gusanos que forman una procesión y de los que un día nos pusieron un vídeo en Ciencias: Oni, Oni, Oni. Estaba cabreado. Cabreado por aquel ataque, cabreado por la sorpresa, cabreado porque amenazaban con destronarme. Y porque aquel Oni era bueno. Muy bueno. Y, sobre todo, había una cosa que me enfurecía aún más: no saber quién era.

Estaba realmente enfadado.